

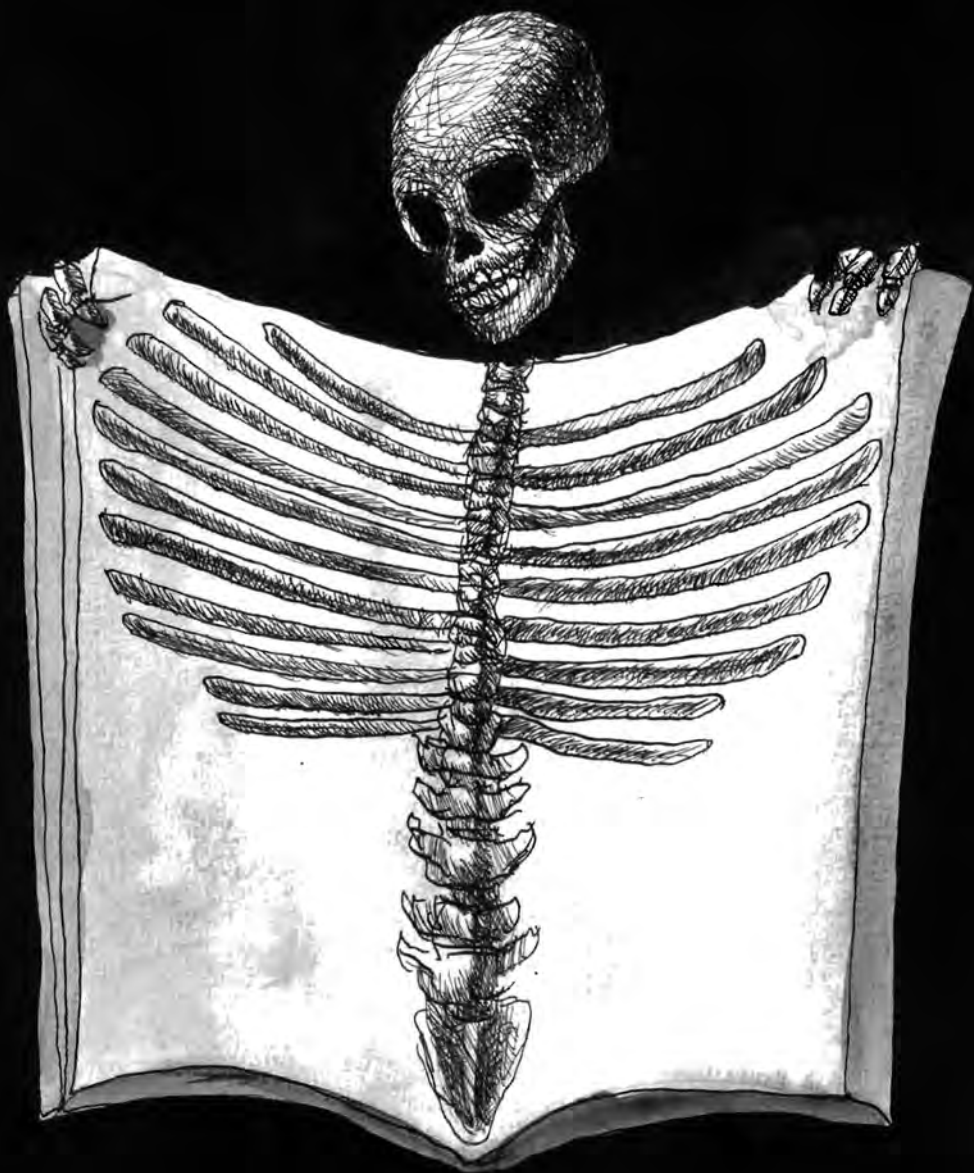
Prefacio

A Arsène Houssaye

Mi querido amigo, le envío aquí una pequeña obra de la que no podría decirse, sin ser injustos, que no tiene ni pies ni cabeza, puesto que por el contrario todo en ella es al mismo tiempo pie y cabeza, alternativa y recíprocamente. Considere por favor qué admirables posibilidades nos brinda esta combinación a todos, a usted, a mí y al lector. Podemos cortar donde queramos, yo mi fantasía, usted el manuscrito, el lector su lectura. Retire una vértebra y los dos trozos de este tortuoso ensueño se unirán sin esfuerzo. Secciónelo en muchos pedazos y verá que cada uno puede existir por sí solo. Con la esperanza de que algunos de estos fragmentos estén lo bastante vivos como para gustarle y divertirlo, me atrevo a dedicarle toda la serpiente en su conjunto.

Tengo algo que confesarle. Fue hojeando, por vigésima vez como mínimo, el famoso *Gaspar de la noche* de Aloysius Bertrand (¿un libro conocido por usted, por mí y por algunos de nuestros amigos no tiene acaso todo el derecho a ser llamado “famoso”?) que se me ocurrió la idea de intentar algo análogo y aplicarle a la descripción de la vida moderna, o más bien de una vida moderna y más abstracta, el mismo procedimiento que él le había aplicado al retrato de la vida antigua, tan extrañamente pictórica.

¿Quién de nosotros, en sus días de ambición, no ha soñado con el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo bastante flexible y desarticulada como para adaptarse a los impulsos líricos del alma, a las oscilaciones del ensueño, a los estremecimientos de la conciencia?



Este ideal obsesivo nace sobre todo de frecuentar las ciudades inmensas, del entrecruzar de sus innumerables conexiones. Usted mismo, querido amigo, ¿no intentó traducir en una canción el grito estridente del vidriero ambulante y expresar con una prosa lírica todas las desoladoras insinuaciones que este grito arroja hasta las buhardillas, a través de las más altas brumas de la calle?

Pero, para serle franco, temo que mi afán no me haya traído suerte. Apenas comencé a trabajar me di cuenta de que no sólo me mantenía muy lejos de mi misterioso y brillante modelo, sino que, incluso, estaba haciendo una cosa (si puede llamarse “cosa”) particularmente distinta –un accidente del que cualquier otro sin duda se enorgullecería, pero que no puede más que humillar profundamente a un espíritu como el mío, que considera el más alto privilegio del poeta llevar a cabo sólo aquello que planeó hacer.

Su muy afectuoso,

C.B.

I

El extranjero

-Dime, ¿a quién amas más, hombre enigmático? ¿A tu padre, tu madre, tu hermana o tu hermano?

-No tengo ni padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

-¿A tus amigos?

-Utiliza usted una palabra cuyo sentido aún desconozco.

-¿A tu patria?

-Ignoro bajo qué latitud se encuentra.

-¿A la belleza?

-A ella sí podría amarla, diosa inmortal.

-¿El oro?

-Lo detesto como detesta usted a Dios.

-¡Eh! ¿Qué amas entonces, extraordinario extranjero?

-Amo las nubes... Las nubes que pasan... Allá... Allá... ¡Las maravillosas nubes!

II

La desesperación de la vieja

Aquella viejita toda encogida se puso muy contenta al ver a ese hermoso niño al que todos festejaban, al que todo el mundo quería agradar; ese hermoso ser tan frágil como ella y, al igual que ella, sin dientes y sin pelo.

Y se le acercó, deseando hacerle sonrisitas y muecas encantadoras.

Pero bajo las caricias de aquella buena y decrepita mujer, el chico espantado se debatía, llenando la casa con sus chillidos.

Entonces la vieja regresó a su eterna soledad y se puso a llorar en un rincón, diciendo: “¡Ay! ¡A nosotras, infelices hembras viejas, ya se nos pasó la edad de gustar, incluso a las criaturas; ¡y hasta horrorizamos a los niños a los que queremos dar amor!”.



III

La confesión del artista

¡Cuán turbadores son los crepúsculos de otoño! ¡Ay, turbadores hasta ser dolorosos! Pues existen sensaciones deliciosas que no por vagas resultan menos intensas; y no hay filo más acerado que el del Infinito.

¡Qué gran delicia, ahogar nuestra mirada en la inmensidad del cielo y el mar! Soledad, silencio, incomparable castidad del éter; una pequeña vela temblorosa en el horizonte, que por su pequeñez y su aislamiento remeda mi irremediable existencia; la melodía monótona del oleaje: todas esas cosas piensan a través mío o yo pienso a través de ellas (¡pues en la grandeza del ensueño, el *yo* se pierde tan rápido!). Digo que piensan, pero lo hacen musical y pictóricamente, sin argucias ni silogismos ni deducciones.

Sin embargo, esos pensamientos, ya sea que salgan de mí o afloren de las cosas, muy pronto se vuelven demasiado intensos. El exceso de energía en la voluptuosidad genera malestar y sufrimiento positivo; mis nervios demasiado tensos ya no transmiten más que vibraciones chillonas y dolorosas.

Y ahora la profundidad del cielo me consterna; su limpidez me exaspera. La insensibilidad del mar y lo inmutable del espectáculo me sublevan... ¡Ay! ¿Debemos acaso sufrir eternamente o escapar eternamente de lo bello? Naturaleza, hechicera despiadada, adversaria siempre victoriosa, ¡déjame! ¡Ya no tienes mis deseos ni mi orgullo! El estudio de lo bello es un duelo en el que el artista aúlla de espanto antes de ser vencido.

IV

Un bromista

Era la explosión de año nuevo: un caos de barro y de nieve, atravesado por mil carrozas, deslumbrante de juguetes y caramelos, repleto de codicias y desesperanzas: el delirio oficial de una gran ciudad, creado para perturbar la mente del más fuerte de los solitarios.

Y en medio de ese desorden y ese barullo, un burro trotaba velozmente, hostigado por un bruto con un látigo.

Cuando el burro estaba por doblar una esquina, un hermoso señor con guantes, barnizado, cruelmente encorbatado y prisionero de unas ropas muy nuevas, se inclinó ceremoniosamente ante la humilde bestia y le dijo, quitándose el sombrero: "¡Tenga usted un muy buen año!". Luego se dio vuelta con aire pretencioso hacia no sé bien qué compañeros, como rogándoles que aprobaran su contento.

El burro no vio siquiera a ese lindo bromista y siguió corriendo con ahínco hacia donde el deber lo llamaba.

En cuanto a mí, me invadió de pronto una rabia inconmensurable contra aquel magnífico imbécil, que me pareció concentrar dentro de sí todo el espíritu de Francia.

V

La habitación doble

Una habitación que parece un ensueño, una habitación realmente *espiritual*, donde la atmósfera inmóvil se encuentra ligeramente teñida de rosa y azul.

Aquí el alma se da un baño de pereza, aromatizado con nostalgia y deseo. Un mundo crepuscular, azulado y rosáceo; un sueño de voluptuosidad en medio de un eclipse.

Los muebles tienen formas largas, postradas y lánguidas. Los muebles parecen soñar y uno se los imagina dotados de una vida sonámbula, como los vegetales y minerales. Las telas hablan un lenguaje mudo, como las flores, los cielos, los soles ponientes.

Sobre las paredes, ninguna atrocidad artística. Comparado con el sueño puro, con la impresión sin analizar, el arte definido, el arte positivo es una blasfemia. Aquí todo posee la claridad suficiente y la deliciosa oscuridad de la armonía.

Una fragancia infinitesimal del más exquisito gusto, mezclada con una levísima humedad, flota en esta atmósfera donde la mente se adormece acunada por una cálida sensación de invernadero.

La muselina se esparce generosamente frente a las ventanas y la cama, derramándose en cascadas de nieve. Y sobre esa cama descansa el Ídolo, la soberana de los sueños. Pero ¿cómo llegó hasta aquí? ¿Quién la trajo? ¿Qué poder mágico la depositó sobre este trono de ensueño y voluptuosidad? ¿Qué importa! ¡Aquí está! La reconozco.

Aquí están esos ojos cuyas llamas atraviesan el crepúsculo; ¡esos ojos sutiles y terribles que reconozco por su estremecedora malicia! Atraen, subyugan, devoran la mirada del imprudente que los contempla. Tuve muchas veces oportunidad de estudiar esas estrellas negras que inspiran la curiosidad y la admiración.



¿Por obra de qué demonio bienhechor me veo así rodeado de misterio, de silencio, de paz y de perfumes? ¡Oh beatitud! ¡Aquello que solemos llamar “vida”, incluso en su dimensión más vasta y feliz, no tiene nada en común con esta vida suprema que ahora conozco y saboreo minuto a minuto, segundo a segundo!

¡No! ¡Ya no hay más minutos, no hay más segundos! ¡El tiempo ha desaparecido y reina aquí la Eternidad, una eternidad de delicias!

Pero un golpe pesado y terrible ha sonado en la puerta y, como en los sueños infernales, siento como si me hubieran pegado un bastonazo en el estómago.

Un Espectro acaba de entrar: un oficial de justicia que viene a torturarme en nombre de la ley; una infame concubina que viene a llorar miseria y agregarle a los dolores de mi vida las trivialidades de la suya; o bien el ordenanza de un director de diario que me reclama la continuación de un manuscrito.

La habitación paradisíaca, el ídolo, la soberana de los sueños, la *Silfide*, como decía el gran René*, toda esa magia se desvaneció con el golpe brutal del Espectro.

¡Qué espanto! ¡Ya recuerdo! ¡Ya recuerdo! ¡Sí! Este tugurio, este habitáculo del eterno aburrimiento es mi hogar. Están aquí los muebles insípidos, polvorientos y astillados; la chimenea sin llamas y sin brasas, mancillada de escupitajos; las tristes ventanas donde la lluvia trazó surcos en el polvo; los manuscritos, tachados o incompletos; ¡el almanaque donde un lápiz marcó las fechas siniestras!

Y aquel perfume de otro mundo con el que me embriagaba mediante una refinada sensibilidad fue reemplazado, ¡desgracia suprema!, por un fétido olor a tabaco mezclado con no sé qué moho nauseabundo. Ahora se respira aquí el aroma rancio de la desolación.

En este mundo mezquino pero desbordante de hastío, sólo un objeto conocido me sonrío: la botella de láudano; una vieja y terrible amiga –y por desgracia, como todas las amigas, fecunda en caricias y traiciones.

* El “gran René” es François-René de Chateaubriand, que en *Memorias de ultratumba* llama “*Silfide*” a la mujer ideal de sus obras.

¡Oh, sí! El Tiempo ha reaparecido; el Tiempo reina soberano ahora; y junto a ese repugnante anciano ha vuelto todo su demoníaco cortejo de Recuerdos, Remordimientos, Espasmos, Miedos, Angustias, Pesadillas, Furias y Neurosis.

Les garantizo que ahora los segundos están fuerte y solemnemente acentuados y cada uno de ellos, al brotar del reloj, dice: “¡Soy la Vida! ¡La insoportable, la implacable Vida!”.

Hay un solo segundo en la vida humana que tiene por misión anunciar una buena noticia, esa *buena noticia* que a todos les provoca un miedo inexplicable.

¡Sí! El Tiempo reina; ha retomado su dictadura brutal. Y me empuja, como si yo fuera un buey, con su doble aguijada. “¡Arre, burro! ¡Transpira, esclavo! ¡Vive, maldito!”.